

César Ferreira / Ismael P. Márquez

Editores



Capítulo 26

LOS MUNDOS DE ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

Nuevos textos críticos



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ / FONDO EDITORIAL 2004

Los mundos de Alfredo Bryce Echenique (nuevos textos críticos)

Primera edición: setiembre 1994

Segunda edición: enero 2004

Tiraje: 500 ejemplares

© 2004, César Ferreira e Ismael P. Márquez (editores)
© 2004 de esta edición por Fondo Editorial de la Pontificia
Universidad Católica del Perú
Plaza Francia N° 1164, Lima 1
Teléfonos: 330-7410 - 330-7411
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Diseño de cubierta: Erik Chiri
Corrección de estilo: Alberto Ñiquen
Cuidado de la edición: César Ferreira y Gerardo Castillo
Asistente de edición del Fondo Editorial PUCP: Nelly Córdova

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Derechos reservados

ISBN: 9972-42-579-7
Hecho el Depósito Legal N° 1501052003-3008

Impreso en el Perú - Printed in Peru

Desavenencias con Martín Romaña

Abelardo Oquendo

Sobre Julius, con cariño

Por varias razones, la aparición de *Un mundo para Julius* fue un deslumbramiento. La primera de todas, por la peculiarísima forma en que estaba contada la novela. Fresca y desenvuelta, su escritura hablaba, casi podría decirse que se oía. Era una suma feliz y perfectamente integrada de voces entre las cuales predominaban las de la burguesía limeña. El narrador se hacía eco del mundo al que se refería y era su comentario irónico a la vez. La novela además, representaba con la misma y cómoda naturalidad diversos estratos sociales limeños, en especial el de la clase alta, donde solo por excepción —y aun así de modo casi siempre penoso— había incursionado la narrativa peruana. Todo esto, por fin, con una gracia y un humor muy personales, fruto de la alianza de la afectividad con el distanciamiento, de la ternura con la burla, de la denuncia y la admisión.

En el proyecto de esa novela figuraba el deseo de divertir al lector. Desde Ricardo Palma, solo los cuentos de Héctor Velarde habían logrado conferirle calidad literaria a una obra de ficción escrita con intención similar. Porque en nuestra literatura el ingenio ocupa —salvo en poquísimos casos— un lugar menor. En *Un mundo para Julius* Bryce rescata para el humor y la amenidad un rango principal pues con ellos no desfigura ni disfraz, como Palma, sino —como Velarde a su modo— los usa para evidenciar. Y así logra, con elementos insólitos en nuestra narrativa, una novela excepcional.

Tras ese libro que lo instalaba definitivamente en nuestras letras, Bryce confirmó, con los cuentos de *La felicidad, ja, ja* (en la misma línea marcada por *Julius* y un cuento anterior y memorable, «Con Jimmy, en Paracas») las virtudes de una imaginación y de un estilo en los que iba a evitar después encasillarse. Y ensaya la renovación con otra novela:

Tantas veces Pedro. La crítica más entusiasta a este libro se publicó en *Le Monde*, donde Albert Bensoussan no vaciló al decir que se trataba «simple y llanamente de una obra maestra». En nuestro país nadie dijo tanto, tal vez porque la novela nos decía poco comparada con *Julius*. Obra de transición y desigual, para los admiradores de Julius —ese niño conmovedor que va descubriendo una realidad cruel que no comprende pero que aprende con tristeza y pesar— la vida exagerada de Pedro Balbuena suscitó comparaciones no demasiado favorables. Algo se había perdido en la historia de este hijo pródigo e impenitente de la burguesía limeña. ¿Qué?

Un salto peligroso

Pienso que en el proyecto del autor empieza a gravitar más —desde entonces— el propósito de entretener que la exploración de la realidad. De aquí en adelante, el antiguo equilibrio entre esas dos vertientes de su creación se altera en beneficio de una elaboración mayor para Pedro en tanto idea y desarrollo literarios, pero más lúdica también.

Estas breves consideraciones sobre *Tantas veces Pedro* podrían aplicarse a *La vida exagerada de Martín Romaña*,¹ pese a la intención de exorcizar experiencias traumáticas que parece estar en el origen de la última novela de Bryce. Sin duda, ella representa un triunfo de la oralidad o, como dice Ribeyro, un «milagroso salto de la conversación a la escritura».² Y hasta cabe sospechar que los borradores del libro han sido hablados y no escritos, pues la inmersión en lo coloquial se extrema al punto de pretender ciertas cualidades orales del relato anecdótico difíciles de mantener en lo literal. Una de ellas es el *embrague* del receptor en el tono enfático y en la actitud emotiva, al que ayuda decisivamente la presencia física del narrador y la gestualidad que tonifica su discurso y convoca en el auditorio una cierta complicidad. Los efectos logrados así no siempre se pueden esperar de un contexto exclusivamente verbal. Bryce no descuida este aspecto, dedica la primera parte del libro a amistar al narrador con el lector, ganarle su simpatía y asegurarle su crédito. Seguro de haber alcanzado rápidamente esa simpatía —como en efecto, la alcan-

¹ Bryce Echenique, Alfredo. *La vida exagerada de Martín Romaña*. Barcelona: Editorial Argos Vergara, 1981, 631 p.

² «Habemus genio». *El Observador*, Lima, 21 de febrero de 1982: XIV.

za— estriba en ella la segunda conquista y la da por efectuada. De aquí que, en vez de presentar hechos sobre la base de los cuales el lector pueda formarse visiones y opiniones propias acerca de personajes y ocurrencias, opte por transmitirle las de Martín Romaña, incluso acerca del propio Martín Romaña, quien deriva en una especie de apuntador oficioso del lector. Por ejemplo, uno no *conoce sino se entera* de las virtudes de Carlos Salaverry por los juicios del narrador, ya que el relato mismo no muestra esas virtudes. Los ejemplos podrían multiplicarse. Los numerosos habitantes del libro no encarnan ni se acusan como seres vivos porque todos son, en mayor o menor medida, esquemáticos integrantes de la comparsa que anima la engolosinada memoria del narrador sobre sí mismo, figuras de fondo capturadas en un tic o un rasgo físico o mental dentro del vasto autorretrato de Martín Romaña.

Todo esto resultaría natural en un libro que es —en palabras de Ribeyro— «confesional y expiatorio...», que permite al autor exorcizar sus fantasmas». Pero no es como un *documento psicoanalítico* que lo entrega sino como una novela. Cualesquiera sean los manantiales y exteriores que se entrecruzan y confluyen en su producción el juego de proponerse como un texto plural lo hace aun más literario.

Me parece que lo apuntado es consecuencia —no necesaria, por cierto— de la oralidad radical de su escritura, del manejo de la primera persona y del propósito de divertir como el de más peso en la obra. El hecho de que junto a este haya otros propósitos manifiestos en ella, la hace pluridimensional, abre variadas perspectivas para su apreciación, la enriquece. Sin embargo, esa diversidad no llega a organizarse en un todo donde el conjunto se equilibre y armonice plenamente como resultado de una definición precisa. Esta indeterminación, raigal aunque discreta, propicia ciertas laxitudes (las reiteraciones constantes, por ejemplo, y la falta de rigor en la selección de anécdotas, que abulta el libro innecesariamente), laxitudes a las que el ánimo humorístico es proclive y el modelo oral favorece.

Autor, actor y espectador

La narrativa de Bryce se ha estructurado siempre en torno de un personaje que, a partir de *Julius*, se percibe cada vez más como un elaborado *alter-ego* del autor. Desde el Manolo de *Huerto cerrado* —el único pequeño burgués que figura como eje en sus libros—, todos esos protagonistas participan de una cierta orfandad espiritual, son

conciencias más o menos solitarias y en formación. En sus dos últimas novelas el personaje, vástago final de una familia que declina pero pudo darle una educación privilegiada, ya no es un niño y pasó la adolescencia, aunque permanece inmaduro y desconcertado. Peruano en Europa, donde intenta hacerse escritor, ha opuesto una brecha de miles de kilómetros a su medio social, distancia sin embargo no tan larga que los giros postales o algunas oportunas cartas de recomendación no puedan salvar. Bajo el nombre de Pedro Balbuena lleva una vida mucho más exagerada y azarosa que como Martín Romaña, aunque ambos son, básicamente, el mismo sensible, sensitivo y enamoradísimo hijo de familia bien que, de un desencanto a otro, anda en busca de la felicidad. Este aspirante a escritor que ama la vida sobre la literatura, alcanza encarnado en Martín Romaña, a fundir vida y literatura en un libro donde ocupa todo el escenario de una suerte de hipertrofia del yo. Autor, actor, y espectador de su propia comedia sentimental, no solo posa (Woody Allen auto-complaciente) para su cordial escarnio, sino que maneja también los hilos de las figuras que, modeladas convenientemente por él, cobran vida a su paso y desaparecen cuando se va. Tan precarios los siente el memorioso autor del «cuaderno azul», que a cada reaparición de sus comparsas reitera un rasgo, recapitula un antecedente, repite, en fin, lo que ha dicho, en ocasiones, unas pocas páginas o unos cuantos párrafos atrás. Esta desconfianza en la capacidad retentiva del lector parece extenderse tanto a la inteligencia y sensibilidad del mismo cuanto a la eficacia de su propio relato para producir por sí solo los efectos y las imágenes deseadas, pues no son escasas las advertencias y los subrayados verbales sobre la naturaleza o el sentido de lo que se cuenta, ni la insistencia sobre el humor y otras cualidades distintivas de Martín Romaña.

Pienso que el creciente predominio del protagonista se da en desmedro del mundo que lo rodea, de la densidad y los matices con que Bryce transmitió su visión de la realidad en la novela de Julius. En esta, así como la voz del narrador —instalado en el libro de un modo magistral— incorporaba las voces de sus creaturas, su mirada insumía las maneras de ver de quienes circulaban por la novela, todo ello sin perder su individualidad, amalgama de donde provienen la densidad y la riqueza de matices mencionados. Esto posibilitaba, además, que los comentarios no interfirieran la vida, visible y propia, de protagonistas que, tanto en *Julius* como en *Huerto cerrado*, son fundamentalmente sus actos y existen en una estructura narrativa que no verbaliza sino refracta el impacto de la circunstancia sobre el yo protagónico y, de tal modo, transfiere ese impacto al lector.

Coda con un lamento

Es decir, echo de menos que la naturaleza temática y estilística de las recientes novelas de Bryce lo hayan llevado a preferir instrumentos de cuyo perfeccionamiento había aún mucho que esperar. Y esa nostalgia es la principal responsable de estos apuntes que disuenan dentro del coro de los elogios que *La vida exagerada de Martín Romaña* ha merecido. Son, pues, un desentono; y, para que se oiga peor, omiten los aspectos positivos del primer volumen del *Cuaderno de navegación en un sillón Voltaire*.

Ribeyro ha dicho que se trata de «una novela genial» y ha explicado que «la genialidad no tiene nada que ver necesariamente con la perfección, la medida, ni siquiera con el buen gusto, que son cualidades secundarias, al alcance de cualquier escritor de talento. La genialidad no se define, es algo que se siente, un soplo de aire desconocido, un aerolito que cae en un jardín cultivado y modifica instantáneamente el paisaje. Algo queda allí, algo que sirve de referencia y que es necesario escalar o contornear para seguir adelante». Me pregunto por la sensibilidad de mi piel para discriminar ciertos aires, temo que uno de esos aerolitos, caído en alguna zona pantanosa de mí, haya naufragado. Yo lo confieso con vergüenza y pesar, pues nada me hubiera gustado más que opinar aquí como Ribeyro.

[Hueso Húmero 12-13 (1982): 128-133]